

CUENTO	El asceta y la comadreja
PAÍS	España
EDAD	10-12
MATERIALES	Ordenador Pizarra Papel Bolígrafos Colores
OBJETIVOS DE APRENDIZAJE	- Describir los personajes del cuento - Explicar las creencias en las tradiciones - Definir los conceptos de apresuramiento, desconsideración, ingratitud
METODOLOGÍA	Escuchar Dibujo creativo Dibujar
AUTORES/AS	Colegio de Educación Primaria “Josip Pupačić”, Omiš (Croacia)

El asceta y la comadreja

Al día siguiente, Dabschelim le pidió a Bidpai que le contase la fábula del hombre que actúa con demasiada premura y precipitación, sin dedicar pensamiento alguno a las consecuencias que pueden conllevar sus acciones. El filósofo comenzó de la siguiente manera:

“El hombre que no se para ni un momento para poder sopesar los peligros de una decisión incauta, y no cosecha el beneficio de una duda prudente y precavida en un asunto que le ocupa, encontrará ocasión para arrepentirse de su insensatez cuando ya sea demasiado tarde, haciendo como el asceta, quien al destruir a su comadreja, mató sin saberlo a su benefactor.”

“¿Cómo sucedió?”, preguntó el monarca.

“Se cuenta que había un asceta que vivía en el territorio de Georgiana y tenía una esposa a quien quería mucho y con la que llevaba muchos años casado, sin perspectivas de crear una familia. Finalmente, cuando ya casi no albergaban esperanza alguna, su mujer se quedó encinta de forma inesperada, y el esposo, pleno de alegría, agradeció a la Providencia por su generosidad y le rogó al cielo que la criatura fuese un niño.

Entonces le dijo a su mujer: “Regocíjate conmigo, pues creo que tendremos un hijo varón, que traerá gran alegría a nuestras vidas y para cuya educación no habrá de escatimarse en esfuerzo o gasto.”

La mujer no vio con buenos ojos que su esposo perdiese el tiempo con contemplaciones sobre un futuro del cual no podía saber nada en absoluto y por ello le recordó lo que le sucedió al ermitaño, que se vertió miel y manteca sobre la cabeza, contándole a petición de su esposo, la siguiente fábula:

“Cuentan que un ermitaño tenía por costumbre recibir a diario de casa de un mercader cierta cantidad de manteca y miel, de la cual, tras comer tanta como le apetecía, guardaba el resto en una jarra que colgaba de un clavo en un rincón de la habitación, esperando que con el tiempo la jarra se colmase. Un buen día, estando el ermitaño tumbado en su cama con un cayado en la mano y la jarra colgada sobre su cabeza, pensó en cuánto se había encarecido el precio de la miel y la manteca, y se dijo: “Venderé el contenido de la jarra y con lo que me den por él compraré diez cabras. Si cada una de ellas produce una cabra cada cinco meses, no pasará mucho tiempo hasta que tenga un gran rebaño.” Continuó haciendo cálculos, llegando a la conclusión de que al cabo de dos años tendría más de cuatrocientas cabras. “Transcurrido ese tiempo compraré cien cabezas de ganado vacuno, ya que por cada cuatro cabras conseguiré un toro o una vaca. Luego compraré tierras y contrataré jornaleros para que las labren con mis bestias. De este modo, antes de que hayan pasado cinco años, tendré sin duda una gran fortuna gracias a la leche que produzcan mis vacas y a lo que coseche en mis tierras. Lo siguiente que haga será construir una mansión magnífica y contrataré un buen número de sirvientes, mujeres y hombres, y cuando haya terminado mi hacienda, me casaré con la mujer más hermosa que encuentre, que en su debido momento será madre y me ofrecerá un heredero para mis

dominios, que, conforme vaya creciendo, será educado por los mejores maestros que pueda procurarle, y si el progreso iguala mis razonables expectativas, le compensaré sobradamente por las penas y esfuerzos por los que le haya hecho pasar. Pero si por otro lado, decepciona mis esperanzas, el cayado que aquí tengo será el instrumento con el que le mostraré el disgusto de un padre justamente ofendido.” Al decir estas palabras, levantó súbitamente la mano con la que sostenía el cayado hacia la jarra, rompiéndola, cayéndose su contenido sobre la cabeza del ermitaño.

“Como puedes ver a través de esta historia”, añadió la esposa a modo de conclusión, “lo inapropiado que resulta hablar de cualquier asunto a destiempo, de cuyo afortunado o desafortunado resultado se es igualmente ignorante.” Y el asceta reconoció la justeza del reproche.

Con el tiempo, la mujer del asceta dio a luz a un hermoso hijo, para gran regocijo de su padre, y pasados unos días, cuando su esposa tuvo que asistir a ciertas ceremonias que, según dispone su religión, deben realizarse tras el nacimiento de un hijo, le dijo a su marido:

“Quédate con el niño mientras voy al baño, y una vez me haya bañado, volveré.” Luego dejó a su esposo con el niño y apenas había abandonado la casa, llegó un mensajero del rey requiriendo la presencia del asceta en la corte. Como éste no pudo encontrar a nadie que pudiese quedarse cuidando a su hijo en su ausencia, excepto una astuta comadreja, a la que había capturado siendo cachorro y había criado y la quería como si de su propio hijo se tratara, el asceta decidió dejar a la comadreja al cuidado de su hijo. Cerró pues la puerta y siguió al mensajero real. Poco después una serpiente salió de una oquedad de la pared y se acercó al niño. Tan pronto como la comadreja vio la serpiente, saltó sobre ella y la mató, haciéndola pedazos, quedando algunas manchas de sangre en la boca de la comadreja.

Cuando regresó el asceta, fue a recibirlo la comadreja, como si quiera informarle de lo sucedido. Pero el padre, al ver las manchas de sangre que tenía la comadreja, sin escuchar ni un instante la voz de la razón, perdió la cabeza y golpeó a la comadreja en la cabeza con el cayado que tenía en la mano hasta que la mató. Después entró en la habitación y al ver al niño sano y salvo y junto a él la serpiente muerta y despedazada, comprendió lo que realmente había sucedido. Y comenzó a llorar amargamente, golpeándose en la frente, diciéndose: “¡Ojalá hubiera dispuesto Dios que este hijo no hubiera nacido, y así yo no hubiese cometido este crimen!”

Y entonces entró su mujer y al ver el estado en el que se encontraba, le dijo: “¿qué te ocurre?” Y entonces le contó todo lo que había sucedido, encomiando la conducta de la comadreja y reprobándose por la injusticia que había hecho por lo mal que le había agradecido a la comadreja sus servicios.

“Éstos” - le dijo entonces su mujer- “son los frutos del apresuramiento.”

Actividad 1

El narrador/a (o el facilitador/a) leerá el cuento. Tras leerlo, los niños/as debatirán sobre el mismo y sobre cuestiones morales y éticas.

Preguntas de autorreflexión:

- ¿Qué es la ingratitud?
- ¿Alguna vez habéis sido desagradecidos?
- Dad un ejemplo del cuento para “ingratitud”.
- ¿Puede la ingratitud ser positiva? Si alguno/a creéis que sí, poned un ejemplo.
- ¿Qué opináis sobre el hombre religioso? ¿Podéis justificar sus actos?
- ¿Por qué el buscaba un chico y una chica?
- ¿Podemos planear el futuro? ¿O simplemente podemos disfrutar de lo que anticipamos que sucederá en el futuro?
- ¿Os gusta la historia de la esposa sobre el hombre religioso y la jarra?
- ¿Estáis de acuerdo con el mensaje moral del cuento sobre el hombre religioso y la jarra llena de miel y manteca? “Lo inapropiado que resulta hablar de cualquier asunto a destiempo, de cuyo afortunado o desafortunado resultado se es igualmente ignorante.”
- ¿Qué es el apresuramiento? ¿Y la desconsideración?
- ¿Describiríais a un hombre religioso con esas mismas características?
- ¿Quién tuvo la culpa de la muerte de la comadreja?
- ¿Los humanos podemos confiar en los animales?
- ¿Qué opináis sobre los padres que dejan que sus hijos sean protegidos por animales?
- ¿Siempre podemos confiar en los animales?
- ¿La gente suele tener una comadreja de mascota? ¿Por qué? ¿Siempre podemos confiar en animales salvajes, da igual el que sea?
- ¿Podéis justificar sus actos?
- ¿Qué habríais hecho si hubierais visto lo que hizo?
- ¿Podemos controlar nuestras emociones?
- ¿Es posible en la vida que nadie resulte herido y que no haya consecuencias negativas para nadie?

- ¿Podemos controlar nuestras emociones y ser siempre razonables y no ser desconsiderados?

Actividad 2

Después de las preguntas de autorreflexión, los niños/as harán un retrato escrito del hombre religioso, atribuyéndole tantas características como consideren y dibujándolo a él y partes del cuento en papel.

Actividad 3

Los niños/as pueden escoger entre dos tareas.

- Escribir un cuento con un final diferente.
- Escribir el mismo cuento pero siendo ellos/as el personaje principal: ¿qué habría pasado si hubieseis visto a la comadreja y el rastro de sangre?

Luego lo leerán al resto del grupo.